**Domingo II, T.O. –ciclo C-**

**Jornada mundial de las Migraciones**

**Textos: Isaías 62, 1-5; Salmo 95;**

 **1Cor 12, 4-11; Juan 2,1-11**

Hemos comenzado el “Año de la Misericordia” abriendo las puertas de la Iglesia, ¡todas las puertas! La puerta del perdón de manera especial. Como creyentes nos reconocemos personas pecadoras y personas perdonadas… Pero, ¿nos reconocemos igualmente personas itinerantes y de muchas maneras, “exiliadas” de nuestra verdadera “tierra”? Nos hemos hecho un cliché de los emigrantes, de los desplazados/as, de los refugiados/as… Y, ni nosotras, ni quienes sentimos como “prójimos”, encajamos dentro de ese cliché. Pues, bien, ¡nos equivocamos! *Migrantes* somos todos/as. Es verdad que la categoría de *emigrante* y *desplazado* tiene en estos momentos un rostro bastante preciso: *árabe, negro, mestizo*… No reconocerlo sería minimizar la grave situación que millones de personas están viviendo. Pero, si buscamos en nuestro ser interior, sin duda, encontramos los rasgos que nos identifican con cada hombre o mujer que llama a las puertas cerradas o, como mucho, entreabiertas, de nuestro mundo, de nuestra “privilegiada” civilización occidental. Hoy, no solo la Palabra de Dios, sino nuestra condición humana, nos llama a abrir las puertas, o mejor, a quitarlas…, para dejaremos abrazar por la gente que sufre la tragedia de tener que abandonar su tierra, sus casas, sus seres queridos, huyendo de la guerra, de la violencia, del hambre… ¡Somos, con Jesucristo, *“el rostro de la misericordia del Padre (Madre)”* en el mundo*!*

* Lo nuestro, como seguidores y seguidoras de Jesús de Nazaret, el Señor, es vivir la misericordia, sin componendas. Y esto significa vivir un estilo de vida que nos hace ser incapaces de callar, de ser indiferentes ante cualquier cosa que atente contra la vida, contra la justicia y la dignidad del ser humano. Y esto porque hemos conocido *la gloria de Dios* y hemos experimentado su poder en nuestras vidas. Porque nos sentimos personas *agraciadas*, amadas sin medida; personas “desposadas” y “preferidas” por una Divinidad cercana, amante y enamorada de la humanidad a la que pertenecemos. Por ese amor tan desmesurado, no callaremos este don ni el júbilo que nos produce, que nos embarga por completo. Si Dios nos construye por dentro de esa manera ¿cómo podremos no sentirnos comprometidas/os a construir algo mejor a nuestro alrededor?

**-**El sentido de nuestra vida no es otro que *“cantar las maravillas del Señor a todas las naciones”.*

* Acogemos el mensaje del apóstol y lo confirmamos en nuestra propia vida. Es verdad que los dones son diversos, y la diversidad nos lleva a realizar servicios diferentes dentro de la comunidad: social, eclesial, familiar, religiosa… Pero todo redunda en el bien común, nos construye. Juntas/os podemos hacer un mundo mejor, más abierto: una verdadera y sola humanidad. *“El mismo y único Espíritu obra en todos y en cada uno en particular”,* luego, la edificación final es también una, plural y universal.
* El don de Dios al mundo en la persona de Jesucristo es una misión de amor, de servicio y de salvación universal. En Jesús, Dios está tan cerca de la cotidianidad de nuestra vida que, con frecuencia, su presencia puede pasarnos desapercibida. Necesitamos estar atentas/os a sus gestos y a sus palabras; solo así podremos conocer la voluntad de Dios y, como María, *su madre*, vivirla. Se trata de estar, como ella, con la mirada despierta, siempre dispuestas/os a hacernos cargo de las situaciones menos agradables, dolorosas incluso, de la vida de los demás; disponibles siempre para servir, para *hacer lo que él nos diga*. Solo así podremos convertir las situaciones dolorosas de la existencia en experiencias llenas de gozo: desbordantes de misericordia y de júbilo.

***Trinidad León, mc***